

KATHERINE MANSFIELD

*Juliet
y otras novelas*

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



LAS NOVELAS DESCONOCIDAS
DE KATHERINE MANSFIELD



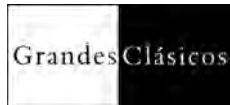
Juliet
y otras novelas

Katherine Mansfield

Juliet
y otras novelas

Introducción de Juan Camilo Perdomo Morales
Traducción de Juan Camilo Perdomo Morales
y Miriam Herrera Jiménez

Epílogo de Gerri Kimber



Primera edición: noviembre de 2025

© de la traducción de *Maata* y *El aloe* y de la introducción:
Juan Camilo Perdomo Morales, 2025

© de la traducción de *El país de mi juventud* y *Juliet*:
Miriam Herrera Jiménez, 2025

© del epílogo: Gerri Kimber, 2020, 2025 («*Juliet* and *Maata*»
en *The Bloomsbury Handbook to Katherine Mansfield*, pp. 37-54,
ed. Todd Martin, Bloomsbury, Londres, 2020)

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 979-13-990383-8-5
Depósito Legal: M-23646-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Five O'Clock Tea* (1880), Mary Cassatt

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Juliet y otras novelas

Capítulo I

Detrás de la casa, las colinas se alzaban y se extendían con una magnitud melancólica. Delante, se abría el vasto e incansable océano. Juliet estaba soñando. Se encontraba al pie de una gran colina cubierta por la maleza. Se izaba por encima de su cabeza y, curiosamente, parecía como si hubiese cobrado vida y fuese su adversaria. El sol iluminaba la cima de la colina con una luz dorada. Juliet comenzó a subir despacio. Durante un rato, siguió un estrecho sendero de cabras, después lo perdió de vista y se aferró a las zarzas y a los árboles, a veces el terreno era firme, otras tropezaba o se hundía hasta los tobillos en una masa de hojas en descomposición. «Me llevará muchísimo tiempo», pensó. Entonces, alguien la agarró de la mano y la guio con rapidez y diligencia a través de la espesura y por riachuelos estrechos. Había dejado atrás la maleza y un claro de hierba baja se abría ante ella. El invisible guía desapareció.

Juliet siguió caminando con decisión. La colina parecía aumentar de tamaño, la luz del sol en la cima se hacía más intensa, el aire se llenó de sonidos. Se percató de que había mucha gente cerca

de ella y del ruido de voces que se alzaban enfadadas o alarmadas. «Debo intentar no mirar ni a la izquierda ni a la derecha —pensó—, sino solo a la luz del sol». Entonces, se adentró de nuevo en el bosque. Parecía que los árboles se multiplicaban a su alrededor, amenazadores, terribles. Los helechos agitaban las largas ramas verdes. «Parecen brazos», pensó Juliet. Caminó más deprisa, luego, empezó a correr y, de pronto, tropezó con las gruesas raíces de una planta trepadora y se cayó.

Por alguna razón inexplicable, se echó a llorar como una niña pequeña y no trató de levantarse. En ese momento, alguien la agarró por los hombros, la puso en pie y le sacudió la tierra y las ramitas del vestido. Siguió caminando, sollozando un poco y la desesperación la dominaba. Continuó hacia delante, hasta que un río se cruzó en su camino. «Se acabó —pensó—, tendré que quedarme en este lado». Se sentó en una piedra y empezó a lanzar guijarros al agua. Se quedaron en la superficie hasta que formaron un gran puente y Juliet pudo cruzar a la otra orilla sin peligro.

Entonces vio un sendero, un camino polvoriento y muy deteriorado y una niebla se extendió al poco por todo el lugar. Volvió a oír el ruido de muchas voces y, de repente, en la oscuridad alguien la golpeó en la cara. Un sentimiento de vergüenza intolerable se apoderó de ella, corrió más rápido y, cuando la niebla se evaporó, le recordó a aquel hombre del circo. Al levantar el pañuelo que cubría el florero, vio que había aparecido allí algo hermoso. Estaba muy cerca del final del viaje. Solo unos cuantos pasos. Pero ¡su cuerpo pesaba cada vez más! Apenas podía avanzar. Estaba tan cansada para buscar la luz del sol que solo veía el polvo del camino. Unos cuantos pasos más y podría descansar y sentir, al fin, que todos los problemas habían quedado atrás. Sus pasos eran cada vez más lentos, parecía que apenas se movía.

De pronto, una ráfaga de aire frío le sopló en la cara. Levantó la vista. Estaba en la cima de la montaña. La luz del sol ya no brillaba, ningún sonido, nada. Solo el viento feroz que la golpeaba en el rostro y contra el que apenas podía resistir. Estiró los brazos para agarrarse a algo y cayó al vacío.

Capítulo I (14 de octubre)

Juliet estaba sentada delante del espejo cepillándose el pelo. En el rostro, una expresión pensativa, y en las manos, un temblor visible. De pronto, se inclinó hacia delante y clavó los ojos en su propio reflejo. El pelo, peinado con la raya en el medio, le caía hasta la cintura en largos mechones de un rubio apagado. Su frente era alta, cuadrada y muy blanca y tenía las cejas inusualmente pobladas. Los ojos eran de un color peculiar, casi verdes, la nariz, muy recta y fina, y en la boca se dibujaba un sinfín de curvas delicadas, y el labio inferior, sin duda, era demasiado carnosos para considerarse bello. Tenía la cara cuadrada y la piel muy blanca. En cualquier caso, no era, estrictamente, una belleza. Cuando dormía, parecía como si estuviera en estado de concentración máxima, las comisuras de los labios se le curvaban ligeramente hacia abajo, los ojos se ensombrecían, pero su expresión era magnética, y su personalidad, rebosante de vitalidad. Parecía que tenía la cabeza en las nubes, pero sus sueños estaban llenos de vida...

Sin embargo, Juliet no prestaba atención a ninguna de estas características. Desde una edad temprana, cultivaba el hábito de conversar íntimamente con *la cara* del espejo. Su infancia había sido solitaria; su apariencia de despistada, su única compañera. Era la segunda de cuatro por orden de nacimiento. La hija mayor, Margaret, tenía en ese momento 17 años, Juliet tenía 14, y los dos pequeños, Mary y Henry, 7 y 6 respectivamente. La madre era una mujer menuda y paliducha. Antes del matrimonio tenía una salud delicada y esa condición siempre la acompañó hasta ese momento. Margaret y ella cuidaban de los dos pequeños, así como del señor Wilberforce, un hombre alto con barba canosa, ojos saltones de color azul, manos grandes, desgarrado y más bien corpulento. Era comerciante, director de varias compañías, presidente de varias sociedades comerciales, algo normal y corriente. Había pasado la mayor parte de su vida en Nueva Zelanda y todos sus hijos habían nacido allí.

Juliet parecía sobrar en la familia, era el patito feo. Vivía en su propio mundo, con sus amigos imaginarios, leía todo lo que le caía en las manos, tenía un carácter intemperante y no albergaba ni un ápice de serenidad en su interior. Se dejaba dominar por sus infinitos estados de ánimo, que la sumergían por completo. Hasta entonces, había estado totalmente ociosa en la escuela, a la deriva en las clases, impregnándose de una buena cantidad de conocimientos dispares, y todos los lamentos y las protestas de sus profesores no podían convencerla para que aprendiese lo que no le interesaba. Criticaba a todo el mundo y a todas las cosas que se cruzaban en su camino, resguardada tras un muro de reticencia extrema. «Tengo cuatro pasiones —escribió un día en un viejo diario—: la naturaleza, la gente, el misterio y una que nadie puede describir». Últimamente, a falta de algo concreto en lo que ocupar su mente,

discutía bastante con toda la familia. No tenía un camino definido ni objetivos que cumplir y se veía obligada a descargar su energía en alguien, y ese alguien era su familia.

Puesto que era la menor de las chicas, creía que merecía lo mejor. Tenía la vaga idea de que la suerte siempre le sonreía y le seguiría sonriendo por ser la tercera hija. Los cuentos de hadas que devoraba con avidez durante su infancia contribuían a avivar esta creencia.

Había apenas luz en el sombrío dormitorio donde estaba sentada. Un fuego ardía en la pequeña chimenea y una enorme mecedora dispuesta ante ella, pero estos dos eran los únicos lujos de los que la habitación disponía. Las fotos brillaban por su ausencia y todas esas cosas normales que podían encontrarse en tantos dormitorios de chica no tenían cabida allí. Encima de la cama había una larga estantería sin barnizar en la que descansaba una colección de libros bastante variopinta. En el tocador había un jarrón de rosas rojas y sus vestidos de noche reposaban con delicadeza en una silla. Se vistió a conciencia con el vestido blanco de muselina, ese que dejaba el cuello al descubierto y se anudó el gran lazo de seda. El pelo recogido en dos grandes trenzas, sin peinetas ni cintas. Levantó las manos y dio una palmadita en los delicados y profundos pliegues del vestido. Las manos de Juliet eran tan características como cualquier parte de ella. Eran grandes y estaban moldeadas con un gusto exquisito. Los dedos no eran muy largos, tenían las puntas redondas y, aunque hubiesen trabajado, seguirían siendo hermosos. Gesticulaba mucho y tenía la costumbre de sentarse siempre con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados.

Antes de salir de su habitación, caminó hasta la ventana. Fuera, la silueta de un enorme pino se recortaba contra el cielo nocturno, y el mar, que se extendía a lo lejos, la llamaba: «Juliet, Juliet».

—¡Oh, noche! —gritó a la vez que se asomaba por la ventana y miraba hacia las estrellas—. ¡Oh, noche!, ¡qué agradable eres! [...]

Después, cogió su larga capa y corrió veloz escaleras abajo. Su madre y su padre la esperaban en la entrada, un espléndido pañuelo de seda rodeaba el cuello del señor Wilberforce, colocado con el esmero y la precisión tan habituales en los hombres que gozaban de buena salud, pero que se creían poseedores de constituciones débiles.

—Vamos a dejarte en casa de la señora Cecil de camino, Juliet —dijo su madre mientras enfundaba las manos en un par de guantes de noche—. Y después, ven a buscarnos a la casa de la señora Black a las diez en punto. Volveremos a casa juntos. Si no hemos terminado aún, espéranos en el porche. Es solo una reunión con música.

La muchacha accedió y los tres salieron de la casa, bajaron los anchos escalones de piedra y se dirigieron hacia la calle iluminada por la luna. En presencia de tantas estrellas y tantos árboles, Juliet se olvidó por completo de todas las afrentas insignificantes del día. Caminó junto a sus padres y «¡qué todo se vaya al garete!», como ella decía.

—Ten cuidado con la ropa, niña —dijo la madre mientras el señor Wilberforce le abría la puerta—. Y no llegues tarde.

Después, se marcharon. Delante de ella, se alzaba la casa magníficamente iluminada. Le llegó el bullicio de la alegría, de las risas escandalosas y de los gritos de emoción. Y durante dos horas se comportó con la misma vitalidad que el resto, liberada y muy satisfecha cuando dieron las diez menos cinco. Los de la fiesta la observaron desde la puerta, le gritaron que no tuviera miedo, que recordara *Fantasmas en el jardín*, pero ella se rio y, sujetándose el abrigo, echó a correr.

Se detuvo en la entrada de la casa de la señora Black mientras recobraba el aliento y alcanzó a oír el sonido de la música a lo lejos.

El salón se le antojó extraordinariamente brillante en comparación con la oscuridad del exterior. Al principio se sintió un poco confundida. La criada había dicho que estaban cenando y que tenía que esperar allí. Se acercó a la mesa y se inclinó para contemplar un vaso con flores, pero, al escuchar que alguien empujaba una silla hacia atrás en una esquina, se sobresaltó y alzó la vista. Un muchacho de su misma edad la observaba con curiosidad. Estaba de pie al lado de una majestuosa lámpara y la luz le iluminaba por completo la cara y el abundante cabello de un color castaño rojizo. Era muy pálido, tenía una cara soñadora, exquisita, y llamaba la atención la confianza y el poder que emanaban de cada uno de sus rasgos. Juliet sintió que se ponía colorada en la cara y el cuello. Se quedaron allí parados mirándose fijamente. Luego, con una sonrisita en los labios, el muchacho se aproximó a la mesa donde ella estaba.

—Si te gustan las flores, crecen rosas justo debajo de la ventana —dijo—. Si estiras los brazos puedes tocarlas con las manos. El aroma es maravilloso. ¡Ven a ver!

Uno al lado del otro se encaminaron hacia la ventana que estaba abierta de par en par y se asomaron. Oh, ¡cuántas rosas!, miles, le pareció a Juliet. Tocó una con la mano, luego otra, estaban todas mojadas por el rocío.

—Lloran —dijo mirando al muchacho.

Él asintió aprobador.

—¿Cómo te llamas?

—Juliet, ¿y tú?

—David. Soy músico y he tocado esta noche. Soy chelista. Voy a ir a Europa el año que viene.

—Yo también. Pero no por la música..., para terminar mis estudios.

—¿Quieres ir?

—Sí y no. Anhele nuevas experiencias, nuevos lugares, pero echaré de menos las cosas que me gustan de aquí.

—¿Te gusta la noche, Juliet? —La expresión de la cara había cambiado—. Tengo la sensación de ser como una crisálida durante el día en comparación con lo que siento después del anochecer. Por ejemplo, nunca me habría presentado como lo he hecho si las estrellas no hubieran sido responsables de mis actos. Me convierten en música. A veces, pienso que, si pudiera estar solo el tiempo suficiente, oiría la música de las esferas. Piensa en lo que brotaría de esos miles de gargantas doradas.

—He escuchado tan poca música —admitió Juliet con tristeza—. Las ocasiones son escasas. Y nunca he oído un chelo.

David la compadecía, pero se sentía alegre al mismo tiempo.

—Entonces, seré el primero en enseñarte cómo suena —dijo él.

Sacó el brazo por la ventana, arrancó una flor y se la dio. Juliet se la puso en el vestido y luego el ruido de los invitados que volvían del comedor puso fin a la conversación. Poco después, se marcharon. Juliet no se despidió de David. No se atrevió a mirar, pero sintió como él la seguía con la mirada mientras abandonaba la habitación.

El silencio la acompañó en el camino de vuelta. Margaret les estaba esperando y, de inmediato, empezó a contarle a la señora Wilberforce lo agotados que estaban los pequeños.

—Henry tiene una tos terrible —dijo—. Y Mary se veía tan pálida...

—Bueno, nos vamos en un par de días —comentó la señora Wilberforce—. Mañana ese muchacho viene a tocar, y padre tiene invitados.

Juliet les dio las buenas noches y corrió a su habitación. El corazón le latía con violencia y apenas pudo reprimir un grito de la

inmensa alegría que sentía. Se sentó a un lado de la cama mirando la oscuridad con la respiración acelerada. Dormir era una tarea imposible. El mundo entero había cambiado, él iba a ir allí al día siguiente por la noche y ella lo oiría tocar. Se metió en la cama y se quedó quieta, pensando. Una curiosa sensación la invadió, se trataba de una oleada impetuosa de pensamientos y cada uno de ellos tenía un sabor dulce.

A la mañana siguiente, cuando subió la persiana, el viento salvaje del sur agitaba los árboles de un lado a otro y azotaba el mar con furia. Juliet se estremeció. El viento siempre la hacía sufrir, la inquietaba. Era sábado, así que no había escuela. Durante toda la mañana, fue de aquí para allá sin nada concreto que hacer, y por la tarde se puso el abrigo y el gorro y fue a dar un paseo por la colina que se extendía como un gran muro detrás de la pequeña ciudad. El viento soplaba con más fuerza que nunca. Se agarró a los arbustos y a los matorrales y subió con rapidez concentrada en la fuerza que esa tarea le requería. En una hondonada, donde las malas hierbas crecían como un espeso manto verde, se detuvo a recobrar el aliento. La soledad absoluta le procuraba un inmenso placer. Permaneció inmóvil y dejó que el viento frío y fuerte le soplara en la cara y le revolviera el pelo. El cielo estaba apagado y gris y la incertidumbre la invadió: el futuro, dejar esa isleta y marcharse tan lejos, todo lo que conocía y amaba, lo que deseaba ser...

—¡Me gustaría ser poeta! —gritó, abriendo los brazos—. Me gustaría ser capaz de plasmar en un poema lo que este ambiente me inspira.

Encontró un pajarillo que revoloteaba cerca, en un arbusto, con el ala rota por la tormenta, se lo acercó, un sentimiento de ternura la invadió.

—Soy tan fuerte —dijo—. Y a los fuertes nunca se les hace daño. Siempre son los débiles los que sufren. (¡Qué muchacha tan ingenua!).

La vuelta a casa fue más lenta. Ahora que la emoción del ascenso se había disipado, se sentía cansada y deprimida. Nubes de polvo se arremolinaban en la calle y la arenilla le picoteaba la cara. Ansiaba que llegara la noche, pero casi lo temía.

Cuando terminó la hora del té, Juliet volvió a su habitación, intentó leer, pero no pudo y se puso a caminar de un lado a otro, nueve pasos en una dirección y nueve más en sentido contrario. La sensación la tranquilizó. Oyó el timbre de la puerta principal y supo que los invitados habían llegado, pero se quedó allí hasta que Margaret fue a buscarla y la llevó abajo muy indignada. La sala parecía estar llena de gente, pero Juliet no era tímida. Mantuvo la cabeza un poco más erguida de lo habitual y una expresión que rayaba en la indiferencia se le instaló en el rostro. David estaba junto al piano desabrochando los cierres del estuche de su chelo. Le estrechó la mano y de un simple vistazo lo examinó de arriba abajo. Después, fue a acurrucarse a un lado del sofá y, divertida a la par que interesada, se puso a observar a la gente. Le gustaba escuchar trozos de conversaciones, imaginar las vidas de las personas.

Como era costumbre, los cantos de dudosa calidad sobre las golondrinas y *Had I Known* tuvieron su lugar durante la velada. Margaret tocó varias obras anodinas en el piano y al fin llegó el turno de David. Juliet lo miraba con inmenso placer y curiosidad. Las mejillas se le iluminaron y abrió mucho los ojos, pero, cuando David pasó el arco por las cuerdas, su alma entera se despertó y vivió por primera vez. La música la absorbió por completo. La sala se desvaneció, los invitados desaparecieron. Solo veía la cara delicada

de David, solo sentía el éxtasis que la ahogaba y que inundaba cada rincón de su cuerpo, tan impenetrable y puro como la niebla del mar...

De pronto, la música se detuvo, las lágrimas rodaban por sus mejillas y volvió a la realidad. Se las enjugó con un pañuelo y, cuando miró a su alrededor, se percató de las miradas divertidas de los allí presentes y oyó la voz firme y casi profética del padre de David:

—¡Este muchacho es un músico nato!

No fue consciente del transcurso del resto de la velada. Algo había cobrado vida en el alma de Juliet y la expresión de su rostro se había transformado. Esa noche, estaba radiante, no tenía ya la belleza de una niña, sino que desprendía el encanto de una mujer. David también lo notó y se percató de que nunca antes había tocado como lo estaba haciendo. Sorprendentemente, se evitaron, pero el señor Wilberforce alabó al muchacho y dijo:

—Podrías venir a darle unas clases a mi hija pequeña y ver si tiene talento.

Nunca olvidaría la manera en la que se despidieron. El viento soplaba furioso, ella estaba en el porche y vio a David girarse hacia ella y sonreírle antes de perderlo de vista.

—No recuerdo nada sobre estos momentos que hemos compartido, pero, cuando vengas a vernos a Londres, me... me sentiré completamente diferente.

David la miró.

—Sin embargo, en este momento, no podría ser de otro modo, Juliet. Tener un secreto es algo espléndido.

Juliet le cogió las manos.

—Adiós, amigo —se despidió—. Prometo escribirte a menudo, muy a menudo.

David contuvo la respiración de repente.

—¿No vas a besarme..., Juliet? —le preguntó con voz ronca.

Pero ella negó con la cabeza y un momento después la playa estaba desierta, las olas avanzaron y borraron de ese lugar las huellas de sus pasos.

—Se lo hemos contado todo a padre, Juliet —dijo Margaret.

—Y está terriblemente enfadado —añadió Mary.

El libro de Byron que Juliet estaba leyendo resbaló por la pechera de su blusa marinera. No podía decir con precisión lo que había estado leyendo, pero su mente bullía de impulsos irracionales. Se sentía un poco triste por la falta de autocontrol que le iba a acarrear un largo encuentro con su padre, y con toda seguridad una sanción humillante, nada de mermelada durante una semana o irse a la cama a las siete hasta que se disculpara. Caminó despacio hacia la casa, subió los anchos escalones de piedra, recorrió el amplio recibidor y llamó a la puerta de la salita.

A las dos en punto de la tarde Juliet le había lanzado un libro que pesaba bastante a su hermana mayor Margaret y un bote de tinta a Mary, su otra hermana mayor. Debía acudir a las seis de la tarde a la salita para explicar ese mal comportamiento. Después de esta violenta demostración, se retiró al final del jardín donde había un desnivel en la hierba, se tumbó cómodamente y se puso a leer el *Don Juan*⁸ [...].

8. Lord Byron. *Don Juan*, 1819.

Margaret y Mary, todavía dolidas por los golpes en sus sensibles cuerpecitos, eran todo alegría mientras la buscaban y se regodeaban al saber que el señor Night caminaba de un lado a otro. Ambas eran lo suficientemente virtuosas para disfrutar con el castigo ajeno.